

Cantan las piedras. El devenir-inmotivado como devenir-literario del sentido en la escritura de Jacques Derrida



Ana Sorin

Universidad de Buenos Aires – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dirección: Dra. Mónica Beatriz Cragnolini

Jurado: Dra. Cristina de Peretti, Dra. Marta Segarra, Dr. Julián Ferreyra

Fecha de defensa: 19 de septiembre de 2022

La problematización de la cuestión de la escritura fue lo primero que le valió alguna atención a Derrida, tanto como lo que unos años adelante terminó por sellar el estilo, el imaginario y todo el repertorio de nociones que rápidamente se asoció con su rúbrica. En el primer caso nos referimos a “Introduction à *L'origine de la Géométrie* de Husserl”, publicado en 1962 y reconocido con el premio Jean Cavaillès de Epistemología Moderna, y en el segundo al célebre “tríptico” de 1967, conformado por *La voix et le phénomène*, *De la grammatologie* y *L'écriture et la différence*.

Aunque conforme pasaron los años sus desarrollos conocieron nuevos intereses, no es convincente apuntar alguna clase de “quiebre” en el pensamiento derridiano. Algunxs estudiosxs deslizan la existencia de un giro ético hacia los 80, pero allende lo controvertibles que resultan los presupuestos subyacentes a esa hipótesis, lo cierto es que Derrida nunca se desdijo, que no se corrigió ni marcó desavenencia alguna entre sus producciones, y que hasta en sus últimos textos es posible rastrear la insistencia –algunas veces más implícita, otras directamente confesa y señalada– de las nociones tramadas en aquellos años.

Estas circunstancias parecen testimoniar la pertinencia insoslayable de la problemática de la escritura, pero hete aquí que actualmente esos primeros años suelen pasar como una antesala introductoria, o acaso una especie de “caja de herramientas” de la que es menester extraer los principales corolarios. Lo que sucede en ese panorama es que lo que “escritura” significa es raudamente dado por sentado, como si su problematización hubiera sido agotada y su sentido se explicase por el mero contexto del sesentismo francés (cuya particular abstracción, por añadidura, resulta hoy casi expulsiva). Esta situación no sólo no

le hace justicia filosófica, sino que creemos que termina por empantanar la comprensión.

Nuestra investigación partió del intento de rever con detenimiento los alcances especulativos de la noción de escritura. A sabiendas que la totalización de sentido no es posible ni deseable, se propuso como una tentativa –inevitadamente parcial, pero rigurosa y tenaz– de recibir lo que allí había todavía por leer. Sin pretender ensayar un abordaje estrictamente histórico, semejante propósito requirió en primer lugar interrogar los mapas intelectuales y filosóficos habituales a partir de los cuales abordar la noción de escritura, así como revisar sus influjos, llegando incluso a problematizar dónde empiezan los desarrollos propiamente derridianos.

Es por ello que la primera parte, intitulada “Exergo”, se cierne sobre algunos textos que van de 1954 a 1962, cuya inclusión en la obra del argelino es cuanto menos compleja. Su estilo es más bien “genealógico”, y su propósito principal consiste en rastrear cómo se va dibujando el interés filosófico derridiano: a título de qué, en diálogo con quiénes y a partir de qué avatares. Ese primer interés es entonces apuntado en términos de “el problema de la génesis”, una cuestión epocalmente pregnante y que en rigor excede a Derrida, pero que en su pluma se traduce en una exploración de la idealidad husserliana y que adquiere el ropaje del intrínquis habido entre dar cuenta del sentido de la génesis o de la génesis del sentido. Allí el joven Jackie se lanza a la busca de génesis ellas mismas genéticas, renuentes a toda explicación eidética.

Acaso uno de los puntos clave de esta primera parte es que discute la existencia de un período escolar netamente fenomenológico seguido

por la explosión del interés por el signo lingüístico (lectura que, como mostramos con apoyo de otros estudios, tiene más bien que ver con la recepción estadounidense de Francia de los 60), y recupera una serie de referencias habitualmente soterradas: de este modo, ya en estos primeros años hallamos rastros de Blanchot, Mallarmé, Hegel y Joyce, así como una obstinada intriga por la literatura. No entendimos estas referencias de forma anecdótica, como anomalías a conciliar con sus rígidos estudios husserlianos, sino antes bien engarzadas en el envite que hacen al primer modo que tuvo el joven Derrida de habitar la fenomenología. El que, por cierto, insistimos en que era poco tradicional: no sólo corría a contrapelo de lo que era la línea preponderante (la existencialista, aquella que de hecho sí es plausible reconocer en alguna especie de duelo con el estructuralismo), sino que se empeñaba en interpelar los más elementales baluartes de la fenomenología. Sin defender por ello ninguna continuidad con sus tratamientos posteriores, nos interesó desacelerar algunas asociaciones que suelen darse por sentado, de modo de ofrecer un panorama más nutrido que resulte más verosímil y que fundamentalmente ayude a reabrir la problematización del sentido de los textos.

La segunda parte, llamada “De la lógica a la gráfica”, ensaya un abordaje más bien problemático y retoma el hilo de la investigación desde 1967, año que oficia como un verdadero polo de imantación para la deconstrucción. El segundo núcleo de interés derridiano –y que finalmente sí constituye un cristal de inteligibilidad para aproximarse a la cuestión de la escritura– es aquí presentado en términos de “el problema del signo”. Pero ello no involucra privilegio alguno de la lingüística, ni siquiera del estructuralismo. Por esos años Derrida insiste sobre que el signo es aquello que, sin tener en sí verdad, condiciona el movimiento y el concepto de la verdad porque representa lo presente en su ausencia. Tal la “lógica” o “el concepto” de signo, como Derrida los esboza. Así entendido, “signo” entra a mentar fundamentalmente una referencia a la aproximación de la presencia como trabajo de la parusía. En otras palabras, a Hegel, retratado a su vez como el más astuto defensor de “la metafísica de lo propio”. Creemos que presentar así este segundo “núcleo” de interés problemático resulta estratégico porque permite encuadrar mejor la lectura derridiana de Saussure y del estructuralismo en general, desde el momento en que apelar a la cuestión del signo lo habilita a dialogar con los desarrollos contemporáneos estructuralistas señalando, a su vez, su vocación todavía profundamente logocéntrica. Pero lo juzgamos productivo, también, porque

nos da la posibilidad de otorgar carnadura y especificidad a la problemática en juego en la escritura. En este caso, en términos de una puesta en abismo de esa economía de representación que entiende toda ausencia como momento parcial de la presencia y toda materia como reverso de la idealidad.

Llegado este punto la investigación sobre la noción de escritura se retraduce en términos de una exploración de la fisonomía de la huella (*trace*) y del funcionamiento de la *différance*. Es en ese marco que esta segunda parte concluye ofreciendo una serie de distinciones y pasajes que toman a menudo la forma de “fórmulas” (que aquí nos contentaremos con enunciar, eximiéndonos de las explicaciones que desglosamos en la tesis). Así resulta que el paso “del lenguaje a la escritura” que insta a realizar *De la grammatologie* en su apertura es asimismo el “del signo a la huella”, y el “de la lógica a la gráfica”. Si, como es mostrado, la operatividad del signo pende de la arbitrarización de la materialidad, en el corazón de la huella acontece un “devenir-inmotivado” que amenaza la economía logocéntrica entera. Por otra parte, hay que decir que si la *différance* horada la conceptualidad *qua* operación, eso no tiene que ver con que sea insignificante, anodina o voluble, ni siquiera polisémica, sino –proponemos– con el modo en que enlaza finito e infinito. De ahí su malograda operatividad, así como el desbarajuste en el que sume todo cuanto roza: la *différance* nos compromete con el pensamiento tanto de una infinita finitud como de una finitud mala, sin que ello mienta una vuelta sobre el inmediatismo abstracto. Esas elaboraciones se despliegan en constante diálogo con Hegel. No sólo porque el segundo y tercer capítulo de esta segunda parte ensayan una lectura bastante herética de *La voix et le phénomène* y rastrean las trazas de cierta comparación entre las eficacias de la idealidad husserliana y la hegeliana (lo cual es sugerente, dado que una ritma el problema de la génesis y otra el del signo), sino porque interpretar la célebre sentencia derridiana según la cual Hegel es “el último filósofo del Libro y el pensador de la escritura” es de sumo interés para nosotrxs y constituye otro cristal de acceso a nuestras reflexiones.

La tercera y última parte, “Marginalia”, profundiza la interrogación entorno a esta mala finitud. Si la primera parte tuvo cierto tino genealógico y la segunda problemático, esta última es abiertamente interpretativa. Justifica sus pasos y punto de apoyo, pero se sabe propositiva. Ninguno de esos enfoques resta en verdad ausente en cada una de las partes, pero sí penden de tonalidades levemente distintas. Así, aquella mala finitud es trabajada con mayor cuidado con

ayuda de Blanchot (a quien, gracias a nuestra recuperación en “Exergo”, sabemos que Derrida ya leía al menos desde 1961) y su *pas au-delà*. Esta negación sin negatividad nos ayudó a dibujar la tópica imposible de la escritura donde no hay presencia ni al principio ni al final del laberinto, donde no hay más que huellas expuestas a la intemperie de su alteración.

Por otra parte, reactivamos la pregunta acerca de ante qué tipo de idealidad y materialidad nos deja la gráfica (que es lo que queda del “logos” cuando es atravesado por la escritura). Acaso el paso “interpretativo” más fuerte haya sido entender el deambular de las huellas en términos simbólico-miméticos, esta vez con ayuda de Mallarmé. Ello implica leer la iteración como envío sin remitente, sin original (*desvío*), no inaugural (*reenvío*) y no primordialmente verbal donde lo que hay es nada más que el agite de cierta magnitud suplementaria. Ahondando entonces en la “fisonomía” de la huella, se abole la diferencia la diferencia entre la diferencia y la no-diferencia. Es decir, se suprime la diferencia entre diferencia y mismidad. La mismidad se devela transida por lo otro, pero no lo otro oposicional, por su otro supeditado, lo cual nos permitió aproximarnos mejor a la tópica escritural (sobre la que luego enfatizará tanto el *Séminaire La vie la mort*, justamente apelando al *pas blanchotiano*). La inclusión de lo mimético nuestro interés fue

recalcar que la escritura no se circunscribe al lenguaje y que no es primariamente verbal. Esto es reforzado en el epígrafe, donde se estudia la malograda recepción, el sentido y los alcances de la célebre sentencia *il n’y a pas de hors-texte*.

Tras nuestras elaboraciones podemos decir que lejos de ser sencillamente un primer tópico de exploración derridiana, la escritura concierne a la complejidad entera de su pensamiento, motivo por el cual las nociones allí labradas insisten más allá de la problemática de la secundarización histórica que ha sufrido la escritura. Porque se trata de la gráfica. Estas nociones no son de raigambre tética ni tienen referente sino que *actúan* (discutiendo, sin embargo, lo que “acto” significa), y eso que hacen lo hacen siempre en red. No arman un sistema porque son tan parasitantes como parasitarias. Son rebeldes a todo recorte jurisdiccional porque, en verdad, su propia operatividad tiene que ver con discutir la estructura “dentro-fuera”, haciendo de todo límite fronteras. Como dice “Tympan”, trabajan al límite del concepto porque trabajan el concepto de límite. La investigación realizada pretende ofrecer una aproximación posible para comprender el contoneo de la *différance* sin aquietarlo. Propósito tenaz, tan perentorio como imposible, que en principio se contenta con haber reabierto la escritura como problema.

